

Anuario de Estudios Americanos, plataforma internacional del americanismo/

Anuario de Estudios Americanos,
International Platform of the Americanism

Enriqueta Vila Vilar

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-1742-4988>

Real Academia de la Historia

Este trabajo pretende ser un resumen-homenaje a Anuario de Estudios Americanos en el 75.º aniversario de su fundación. Se examina el espíritu que guió a sus promotores, en una época difícil, a lanzar una revista que acogiera los estudios americanistas de amplia tradición en Sevilla desde la anterior centuria, y se señalan las principales líneas de investigación, así como los grandes autores que escribieron en sus páginas. Se destacan los nombres de los que formaron el primer consejo editorial y los que ostentaron el cargo de directores o secretarios de la publicación, además de destacar a cuatro grandes americanistas como ejemplo de todos los demás.

PALABRAS CLAVE: Historia de América; Historiografía; Sevilla.

This paper aims to be a summary-homage to the Anuario de Estudios Americanos on the 75th anniversary of its foundation. It examines the spirit that guided its promoters, in a difficult time, to launch a magazine that hosted the American studies of long tradition in Seville since the previous century and pointed out the main lines of research, as well as the great authors who wrote in your pages. It highlights the names of those who formed the first editorial board and those who held the position of directors or secretaries of the publication, as well as highlighting four great Americanists as an example of all the others.

KEYWORDS: History of America; Historiography; Seville.

Por decreto del 10 de noviembre de 1942 —fecha significativa si se intercambian los números centrales— se inicia en la recién creada Escuela de Estudios Hispano-Americanos, la labor docente americanista que se había estado impartiendo en la Universidad de Sevilla, primero en el llamado Centro de Estudios Americanistas y más tarde en el Centro de Estudios de Historia de América.¹ Al año siguiente, la Escuela, junto a la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, organizó una asamblea de estudiosos de esta disciplina, en la que se inició la creación de las estructuras básicas para la formación en Sevilla de una Escuela de Americanistas así como una Residencia de Catedráticos, un Colegio Mayor para alojamiento de los alumnos y una Sección de Publicaciones a través de la cual se darían a conocer los trabajos de investigación que un nutrido grupo de profesores e investigadores llevaba a cabo desde hacía tiempo. Se acordó la preparación de siete series de publicaciones: 1) Anuario de Estudios Americanos; 2) Monografías; 3) Memorias, relaciones y viajes; 4) Ensayos; 5) Manuales de Estudios; 6) Colección de documentos; y 7) Ediciones y reediciones de libros raros y curiosos.

De todas estas series ideadas en un primer momento, la más prolongada, erudita y feliz de todas ellas sería el *Anuario de Estudios Americanos*, con vocación de hacer llegar estos estudios a toda la comunidad internacional. Según se dice en la presentación del primer volumen, que apareció en 1944: «Más allá de las fronteras de España, la Escuela establece sus relaciones con las instituciones americanas similares sobre la base de una sincera fraternidad. De América recibe ya la respuesta esperada, llena de afecto cordial, lo cual le permite esperar fundadamente los mejores resultados de este intercambio de puntos de vista sobre problemas comunes». Y terminan declarando el interés de celebrar «con todos contacto estrecho, que será sin duda cada vez más intenso cuando el mundo, y en especial Europa, lleguen por fin a una época de paz».²

Después de leer estas palabras, causa un profundo estupor encontrar inmediatamente detrás de la portada un imponente retrato de Francisco

1 Las memorias de la Escuela publicadas desde el primer *Anuario de Estudios Americanos* (en adelante *AEA*) dan cuenta de sus actividades y pueden servir para reconstruir su historia. Hay una separata de la memoria publicada en el volumen III (Sevilla, 1946). Posteriormente se han hecho otras varias, entre ellas las correspondientes a los años 1994-1995 y 1998-2001. Hay también un fascículo publicado con el título de *Escuela de Estudios Hispano-Americanos* (Sevilla, CSIC, 2002), y un completo ensayo de Bernabéu Albert, 2010.

2 *AEA*, I, 1944, IX-XII, cita en página XII. De los primeros volúmenes de *Anuario* hay copias facsimilares publicadas por Swets & Zeitlinger N.V., Amsterdam, 1972.

Franco, firmado por el mejor pintor sevillano del momento, Alfonso Grosso, y debajo una dedicatoria que dice: «Al Excmo. Sr. General Don Francisco Franco Bahamonde Jefe del Estado Español». Aumenta el estupor cuando se comprueba en el índice algunas firmas de las que allí aparecen, como por ejemplo la de Florentino Pérez-Embid, miembro numerario del Opus Dei, que en esos años estaba totalmente contra el régimen que se había impuesto; o Manuel Giménez Fernández, furibundo antifranquista que había sido ministro de Agricultura durante la República y que escribe en este primer número un trabajo heterodoxo para los tiempos que corrían sobre las Bulas Alejandrinas; o Emiliano Jos, erudito y concienzudo investigador, nada sospechoso sobre su ideología abierta y dialogante...

Pero la Historia hay que estudiarla en su contexto y es preciso conocer entre otras cosas las licencias necesarias en cada época para poder ponerla en letra impresa, lo cual puede explicarlo todo.³ En 1944 no se podía publicar nada que no llevara la fotografía de Franco —la censura de los textos llegaría algo más tarde— o una alusión «a su caudillismo y su gloriosa cruzada» y la dedicatoria que aparece al pie de la ilustración que se recoge en el primer *Anuario* lo dice todo: nada de alusiones ditirámicas y nada de reconocimientos tan al uso en el momento. Solo se acepta su condición de general y de jefe del Estado. Escuetamente y sin concesiones.⁴ Lo cual ya da una idea del rigor científico que en todo momento se dio a la nueva revista.

Desde este primer volumen, se perfilan varias de las líneas por las que los americanistas sevillanos, y españoles en general, adquirieron fama mundial. Se insertan trabajos de investigación sólidos, que más que artículos eran pequeñas monografías con más de cien páginas, las cuales en unos números más adelante pasan a reunirse bajo el epígrafe de «Estudios», distinguiéndolos así de una segunda parte compuesta por artículos de una extensión variable pero más parecida a la que se usa hoy. Los estudios de este primer número son los siguientes: «El Almirantazgo de Castilla hasta las Capitulaciones de Santa Fe» (páginas 1-168), de Pérez-Embid; «Nuevas consideraciones sobre la historia, sentido y valor de las Bulas Alejandrinas de 1493 referentes a las Indias» (171-429), de Giménez Fernández;

3 Durante toda la edad moderna es bien sabido la serie de licencias eclesiásticas o civiles que debía obtener un libro antes de ser publicado. Para este tema ver entre otros: Millares Carlo, 1971; Barbier, 2005; Castañeda y Cortés, 2002.

4 Martínez Martín, 2015. Martínez Rus, 2014. Ruiz Bautista, 2015. Debo agradecer estas últimas referencias al Dr. Pedro Rueda, gran especialista en la historia del libro.

«Colón en Barcelona. Las Bulas de Alejandro VI y los problemas de la llamada exclusión aragonesa» (431-511), de Rumeu de Armas; e «Investigaciones sobre la vida y obras iniciales de don Fernando Colón» (525-698), de Emiliano Jos. Los artículos más cortos, que en este primer número se reducen a tres y aparecen bajo el epígrafe de «Varia», son: «La hermandad de Santa María del Buen Aire de la Universidad de Mareantes de Sevilla», de Celestino López Martínez; «Los vascongados y la pesca de Terranova. Las gestiones del marqués de Monteleón en Londres», de Vicente Palacio Atard; y «Viaje del astrónomo francés Abate Chappe a California en 1769, y noticias de J. A. Alzate sobre la Historia Natural de Nueva España», de Francisco de las Barras y Aragón. Con ellos tenemos ya una muestra de que los estudios que pretendía abarcar la nueva revista iban bastante más allá de la cuestión colombina o del propio descubrimiento y que estaba abierta a cualquier historiador que tocara temas relacionados con América aunque no fuera propiamente de esa especialidad.⁵ A ellos les seguía una pequeña crónica final sobre las actividades desarrolladas por las instituciones que editaban la nueva revista. Con ello se estrenaba un diseño que se repetiría hasta 1992, último año que aparecería con este formato. A partir de 1993, *Anuario* se divide en dos números anuales, aunque el contenido y las líneas de los primeros años nunca se abandonaron: estudios colombinos, estudios atlánticos y marítimos o estudios sobre derecho indiano.

El segundo volumen presenta ciertas novedades con respecto al anterior: la parte miscelánea de artículos más cortos se hace más extensa, se introduce una nueva sección bibliográfica en la que aparecen reseñas sobre libros y firmas que serían constantes en estos primeros volúmenes de

5 Celestino López Martínez, sevillano nacido en 1886 y fallecido en 1962, fue un erudito local, profesor auxiliar de Historia del Arte en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla hasta 1935, conocido también como Celomar, seudónimo que usaba para firmar algunos escritos y con el que señalaba aquellos documentos que le interesaban del Archivo de Protocolos de Sevilla (hoy en el Archivo Provincial), donde trabajaba asiduamente; perteneció a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y a la de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. (Colección Celestino López Martínez en el Archivo Provincial de Sevilla). Vicente Palacio Atard fue catedrático de Historia de España y miembro de la Real Academia de la Historia. (Espadas Burgos, 2014). Francisco de las Barras y Aragón (1869-1955) fue un sevillano ilustre que además de licenciado en Derecho fue botánico, geólogo y etnólogo; alcalde de Sevilla en 1918, perteneció al Ateneo, del que fue presidente, y formó parte de esa generación irrepetible que se ha dado en llamar «edad de plata»; ejerció en el Instituto «La Rábida» de Huelva como profesor de Historia Natural, y perteneció a la Real Sociedad Española de Historia Natural y a la Real Sevillana de Buenas Letras. (Aguaded Landero, 2007; Valiente Romero, 2009). Su vinculación con la Escuela debió de ser estrecha porque dejó en ella parte de su archivo particular; se puede consultar esta faceta en http://digital.csic.es/bitstream/10261/74798/1/incorporacion_archivo_Francisco_Barras_Aragon.pdf.

Anuario, muchas de las cuales pasarían tres años después a formar parte del que sería el primer consejo de redacción de la revista: Antonio Muro Orejón, José Antonio Calderón Quijano, Enrique Marco Dorta, Constantino Bayle, Antonio Matilla Tascón, Luis Alonso Getino, Manuel Gutiérrez de Arce y Guillermo Céspedes del Castillo. En esta segunda tirada se mantienen las líneas trazadas en la primera sobre historia del derecho indiano e historia de los descubrimientos y se incorporan otras que también se prodigarán en *Anuario*: la historia de la Iglesia y la historia del arte en Indias. Y en los dos aparece como editora la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, que aun dependía de la Universidad de Sevilla, tutela que ya abandona en el tercer volumen, en el que aparece la Escuela como editora independiente. A la par que *Anuario*, y aprovechando los trabajos aparecidos en él, se inicia una serie de publicaciones monográficas, las primeras de las cuales son producto de ellos. Si se examina el catálogo de publicaciones de esta institución, se puede observar que todos los primeros volúmenes aparecidos son copia de los largos trabajos de *Anuario*. Más adelante, este tipo de publicaciones se convertiría en una colección llamada precisamente «Colección Anuario».

Es en el volumen V, correspondiente al año 1948, cuando aparece identificado el primer consejo de redacción con sus cargos, que eran los siguientes: presidente, Cristóbal Bermúdez Plata; vicepresidente, Vicente Rodríguez Casado; secretario, Antonio Muro Orejón; vocal, José Antonio Calderón Quijano; redactor jefe, Guillermo Céspedes del Castillo; redactores: Fernando de Armas Medina, Francisco de las Barras de Aragón, Higinio Capote Porrúa, Octavio Gil Munilla, Manuel Giménez Fernández, Manuel Gutiérrez de Arce, Julia Herráez Sánchez de Escariche, Manuel Hidalgo Nieto, Emiliano Jos, Guillermo Lohmann Villena, Enrique Marco Dorta, Francisco X. Mencos Guajardo-Fajardo, Francisco Morales Padrón, José Muñoz Pérez, Florentino Pérez-Embid y Enrique Sánchez Pedrote. Toda una pléyade de maestros que pondrían, desde Sevilla, parte de las bases del americanismo científicamente tratado con datos tomados, sobre todo, del riquísimo y excepcional Archivo General de Indias, y que llegarían a todas partes del mundo a través de una revista que pronto se haría internacional.

No es hasta 1950, en el volumen VII, cuando se dejan de llamar «estudios» los trabajos más extensos y se engloban todos bajo el título de «artículos», sin guardar preferencia los más largos, que siguieron convirtiéndose posteriormente en libros. Comenzaron a aparecer trabajos de jóvenes licenciados que de esa forma podían ver publicadas sus tesis de licenciatura,

conocidas como «tesinas», que eran un auténtico ejercicio de iniciación a la investigación, obligatorio para terminar la carrera. Lo cual supuso la creación de nuevas generaciones de investigadores, muchos de los cuales son hoy americanistas consagrados. Toda una escuela de aprendizaje, bajo la dirección de esos maestros que fueron protagonistas de una generación irreplicable. En estos años se había abierto el abanico temático de forma que las ciencias, la archivología, la cultura, la economía, la geografía, la antropología y por supuesto la historia de las diversas regiones americanas o de las relaciones atlánticas, tuvieron cabida en las páginas de una revista que era ya un referente.

Algo que se inicia en el segundo volumen, las reseñas críticas de libros que iban apareciendo en España, Europa o América, se fueron multiplicando de forma que en los primeros veinte números se habían publicado 268. A ellas se añadieron también reseñas informativas en las que, con carácter pretendidamente exhaustivo, se daba a conocer toda la producción americanista española, realizada en cada número por un nutrido grupo de colaboradores que salían de los últimos años de la especialidad de Historia de América, bajo la dirección de un redactor de *Anuario*, el profesor Morales Padrón, que siempre fue un enamorado de la historiografía en general. Por ceñirnos a los veinte primeros años, se llegaron a publicar un total de 2.738 reseñas bibliográficas informativas.⁶ El incremento que esta disciplina iba tomando en *Anuario* hizo que bajo la misma dirección, a partir del volumen X, se iniciara una sección que, bajo el título de «Historiografía y Bibliografía Americanistas», recogía además de las reseñas de uno u otro tipo, una serie de reproducciones de documentos y textos legales cuyo acceso era difícil, catálogos de fondos documentales o cartográficos, y pequeños estudios de análisis documentales o de determinada producción de algún autor o materia. Sección que fue tomado incremento hasta el punto de llegar a independizarse del propio *Anuario* y salir en una tirada aparte y con dirección distinta. *Historiografía y Bibliografía Americanistas* tuvo una vida lo suficientemente larga —de 1954 a 1992—⁷ como para llegar a formar una muy curiosa e interesante colección. Las crisis económicas

6 Los datos numéricos están tomados de *Índices del Anuario de Estudios Americanos, 1944-1963, I-XX*, preparados por Fernando de Armas Medina, Juan Collantes de Terán, Juan Fernández Márquez y María Teresa Garrido, bajo la dirección de Francisco Morales Padrón, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1964, III.

7 A partir de 1987 pasa a llamarse *Suplemento de Anuario de Estudios Americanos. Sección Historiografía y Bibliografía*, y hasta el año 1992 inclusive se edita separadamente dos veces al año, pero con numeración idéntica a la del *Anuario* y con idéntico equipo editorial.

que en esos años se fueron sucediendo en nuestro país, consiguieron que, cuando la nueva revista había alcanzado su mayoría de edad e incluso su madurez independiente, tuviera que volver al seno materno y amoldarse al espacio y al cobijo que volvió a prestarle *Anuario*. Pero, como es natural, el ímpetu con el que nació, nunca volvió a ser el mismo. De igual modo, las penurias económicas estuvieron a punto de acabar también con la vida en papel de *Anuario*, algo que afortunadamente se pudo resolver con un nuevo formato que además le proporcionaba más actualidad y que se estrenó en 1993. Se publicarían dos entregas anuales en lugar de una, marcadas con el mismo número de volumen que se dividía en dos semestres: el número uno saldría en junio y el número dos en diciembre. Además, como las normas de las revistas indexadas no permitían la extensión que se le había permitido a algunas colaboraciones siguiendo el modelo de los primeros «estudios», se idearon unos *dossiers* monográficos que sustituían de alguna manera a aquéllos.

Aunque la dirección de la revista por imperativo generacional fue cambiando de manos, del mismo modo que la secretaría y los consejos de redacción, el espíritu fundacional siguió y sigue intacto: dar a conocer investigaciones científicas de primera mano, sobre asuntos americanistas que abordan temas de distinto calado. Y me parece justo y necesario mencionar a todos los que han tenido a su cargo la dirección y secretaría de *Anuario de Estudios Americanos* y de *Historiografía y Bibliografía Americanistas* a lo largo de toda su trayectoria. El primer consejo de redacción que se crea, como ya se ha dicho, en 1948, permanece hasta el volumen VII, en el que Cristóbal Bermúdez Plata es sustituido como presidente por Vicente Rodríguez Casado y cesa como secretario Céspedes del Castillo, que pasa a formar parte del cuerpo de redactores, para dejar paso como secretario a Francisco Morales Padrón. Era natural. Don Vicente Rodríguez Casado había fundado la Escuela y la Universidad de La Rábida, que habían tomado las riendas del americanismo sevillano, y resulta lógico que los que dirigían la Escuela y la Universidad de Santa María de La Rábida, dirigieran también *Anuario*. Lo mismo que era lógico que don Guillermo Céspedes no continuara como redactor-jefe. El nuevo director de la revista y él —nunca he sabido por qué— eran personalidades incompatibles. Pero el *Anuario* pesaba ya mucho en el americanismo mundial y Céspedes publicó algún otro artículo bajo la nueva dirección.

Curiosamente el volumen del año 1956 aparece sin dirección, y en el número correspondiente a 1957 (volumen XV) aparece como director

honorario Rodríguez Casado —recién trasladado a Madrid— y como director, que no como presidente, José Antonio Calderón Quijano, quien, aunque incorpora algunos nuevos cargos, respeta casi íntegramente el mismo consejo de redacción hasta 1966, cuando en el volumen XVIII pasa a ser director Francisco Morales Padrón y secretario Luis Navarro García. Ambos cargos se mantienen hasta 1968, año en el que Luis Navarro pasa a redactor-jefe y se incorpora como secretario José Ventura Reja, que acompañaría en los cargos directivos de la revista a Morales Padrón, junto a Francisco Castillo Menéndez, hasta 1977. Al año siguiente pasa a ostentar la dirección la Dra. Juana Gil-Bermejo García, que se había incorporado como vicedirectora varios números antes.

Quisiera destacar la espléndida labor que el profesor Morales Padrón hizo en *Anuario*. El primer año que tomó la dirección se publicó un número homenaje a Giménez Fernández por su jubilación como catedrático de Derecho Canónico, que se amplió al número siguiente, y en ambos volúmenes se recogen magníficos trabajos, como correspondía a la trayectoria americanista del homenajeado. Esta labor de homenajes a compañeros que habían ayudado a dar lustre a *Anuario* se repitió en los números siguientes y los de 1969 y 1970 se dedican a la memoria de Fernando de Armas Medina, investigador del CSIC y especialista en historia del Perú, que había estado desde la fundación de *Anuario* formando parte del consejo de redacción; del mismo modo que los números correspondientes a 1972 y 1973 se dedicaron a José Joaquín Real Díaz, fallecido prematuramente y que también formaba parte del consejo. En 1974, el volumen XXXI es también un homenaje a Antonio Muro, con motivo de su jubilación como catedrático de Historia del Derecho Indiano, que había jugado un gran papel en la Escuela en cuya residencia vivirá sus últimos años.

Los dos volúmenes correspondientes a 1968 y 1971 (XXV y XXVII), que no habían sido asignados a ningún homenaje, se dedican a dos temas monográficos del máximo interés porque fueron el resultado de dos congresos internacionales organizados por el mismo Morales Padrón: el primero dedicado a historia marítima, que se celebró en la Universidad de Sevilla y en el que intervinieron los mejores especialistas mundiales del momento, y el segundo al siglo XVII en América, resultado también de otro congreso internacional que se celebró en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Desde 1978 la nueva directora, Juana Gil-Bermejo, es asistida en la secretaría por Francisco Castillo Menéndez y Pablo Emilio Pérez-Mallaína y llevan adelante una labor encomiable hasta 1986 en que, por enfermedad,

es sustituida por Enriqueta Vila Vilar, quien desde el año siguiente cambia la secretaría por un comité de redacción del que forman parte, además de los dos colaboradores de la profesora Gil-Bermejo, los Dres. María Luisa Laviana Cuetos, Isabelo Macías Domínguez, Javier Ortiz de la Tabla, María Justina Sarabia Viejo y Rosario Sevilla Soler. Posteriormente fueron directores de la revista los Dres. Rosario Sevilla Soler, Javier Ortiz de la Tabla, Consuelo Varela y María Luisa Laviana Cuetos.

En cuanto a la revista *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, que no se puede separar de la vida de *Anuario* porque de él surgió y en él sigue de alguna forma albergada, solo citar que su comienzo como revista independiente a partir de 1954 se debió a Francisco Morales Padrón, el cual poco antes de su jubilación cedió la dirección de ambas publicaciones a dos de sus discípulas que habían estado con él como ayudantes de clases prácticas hasta su ingreso por oposición en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Desde 1978 Juana Gil-Bermejo se hace cargo de *Anuario de Estudios Americanos* y Enriqueta Vila de *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, de la que Morales Padrón había sido director desde 1954. La nueva directora de *Historiografía* permanece en ese puesto hasta 1992 en que esta publicación, con un nombre o con otro, desapareció para ser incorporada a *Anuario*.⁸ Su redactor-jefe desde el año 1978 hasta 1987 fue Isabelo Macías Domínguez y sus secretarios de redacción fueron (en años distintos, aunque en ocasiones coincidieran algunos) Antonio Gutiérrez Escudero, Antonio Acosta Rodríguez, Justina Sarabia Viejo y María Luisa Laviana Cuetos. Entre 1987 y 1992 la mayoría de ellos pasaría al comité de redacción de *Anuario*, al ser *Historiografía* un suplemento de dicha revista.

No quisiera seguir adelante sin destacar la labor en *Anuario* de dos compañeros ya desaparecidos. Me refiero a Javier Ortiz de la Tabla y a Justina Sarabia. El primero pudo ver realizado su deseo de dirigir *Anuario*, desde 1999 a 2002. Su amor por el trabajo en la Escuela, a la que pertenecía como investigador, y su tesón vencieron todas las dificultades entre las cuales no fue ni mucho menos la menor, la cruel enfermedad que sufrió desde muy joven. La segunda, la muy querida y recordada Justina Sarabia, fue durante diez años (en dos etapas: 1993-1997 y 2007-2011), desde su labor callada, minuciosa, discreta y activa como secretaria, el alma de *Anuario*, que sin su trabajo de tantos años no hubiera sido lo

8 Ver nota 6.

mismo. Desde aquí quiero expresar mi cariño y admiración por la labor llevada a cabo por los dos.

No es mi intención ni resultaría procedente, mencionar a todos los grandes especialistas nacionales e internacionales que han publicado en las páginas de *Anuario* a lo largo de sus 75 años de vida y que marcaron su trayectoria de forma que pronto fue reconocida como una de las primeras publicaciones americanistas. Pero sí quisiera resaltar a algunos de ellos y, aunque tuve la suerte de que muchos de estos magníficos investigadores fueran mis maestros en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla, he elegido a cuatro con los que, por una u otra causa, mantuve una relación personal que traspasó lo meramente profesional, de forma que junto a comentarios sobre su obra podré intercalar algunos recuerdos que siempre evoco cuando releo sus obras, bastantes de las cuales marcaron el rumbo de mi trabajo. Me refiero a Giménez Fernández, Céspedes del Castillo, Morales Padrón y Lohmann Villena. Creo que ellos pueden representar a todos los que, desde su puesto en la Universidad, en la Escuela o desde los distintos países donde el americanismo ha tenido un lugar preponderante, quisieron dejar en las páginas de *Anuario* sus primeros trabajos, que marcaron toda su trayectoria investigadora y que a su vez dieron una impronta a la propia revista. Para no extenderme demasiado en ellos, de su enorme producción solo voy a referirme a los primeros trabajos que presentaron en *Anuario*, ciñéndome a los veinte primeros volúmenes (1944-1963), porque en ese momento estaba ya su trayectoria perfectamente definida, aunque Morales Padrón y Lohmann Villena siguieron publicando en la revista bastantes años más.

Voy a comenzar con un cálido recuerdo a don Manuel Giménez Fernández, que además de mi profesor en una asignatura que se denominaba «Instituciones Canónicas Indianas», era amigo de mi familia y mi padre le admiraba hasta el punto que sus opiniones influyeron mucho en él. Tuve ocasión de tratarlo en Chipiona, donde poseía un bello chalet en la playa de Regla y donde estuvo a punto de ser apresado por falangistas y requetés por haberse negado a secundar la sedición y, aunque aparentemente se retiró de la política,⁹ lo cierto es que desde su cátedra atacaba al régimen todo lo que estaba en su mano y creó una escuela de donde han salido varios de los grandes políticos que han gobernado durante el periodo llamado de la

⁹ Parece que fue Queipo de Llano el que impidió que lo mataran y que él le prometió apartarse de la política. Ver: Barba, 2001.

Transición.¹⁰ Lo recuerdo alguna vez almorzando en nuestra casa de Sanlúcar, antes de ser profesor mío.

Cuando se funda *Anuario*, en lo que él participó activamente, la mayor parte de su producción americanista la vuelca en sus páginas y en el primer volumen, ya descrito, publicó un amplio estudio sobre uno de sus grandes temas. Me refiero a «Nuevas consideraciones sobre la historia, sentido y valor de las Bulas Alejandrinas de 1493 referentes a las Indias». Como catedrático de Derecho Canónico encontró un magnífico filón en las novedades que ofrecía el inicio de lo que luego sería el Derecho Indiano y se dedicó a ello con verdadera pasión, como hacía siempre en todos los ámbitos de su vida. Era un convencido defensor de los principios de un cristianismo comprometido que marcó su vida y su obra, y por eso es lógico que tomara partido por los grandes personajes que iba descubriendo haciendo héroes a unos y villanos a otros. Pero nunca por arbitrariedad sino con fundamentos bien razonados. En el trabajo que publica en el primer *Anuario*, examina jurídicamente los documentos papales que otorgaban las Indias a la Corona española, algo que ya se venía haciendo y que había levantado una fuerte polémica, que don Manuel nunca rehuyó sino más bien alentó. Su postura era muy crítica sobre la legitimidad papal para conceder las bulas que repartían un mundo aun desconocido, postura que mantuvo en toda su producción de forma que sus héroes siempre fueron transgresores y contestatarios. Me refiero a fray Bartolomé de las Casas o Hernán Cortés. A la biografía del primero dedicó los últimos años de su vida;¹¹ y a defender la postura de Cortés, un magnífico trabajo titulado «Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España»,¹² en el que muestra su admiración

10 Perteneció durante un tiempo a la CEDA, un partido de derecha liberal heredero de Acción Popular de Herrera Oria. Fue ministro de Agricultura desde octubre 1934 a abril de 1935, en el gobierno de Lerroux y había sido concejal y teniente de alcalde en el ayuntamiento de Sevilla. En el mismo año 1934 ganó la cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Sevilla, desde la que aglutinó a una serie de jóvenes que luego serían importantes personajes de la Democracia Cristiana y el PSOE durante la Transición. Casi todas las obras que tratan de la oposición a Franco lo mencionan. Ver: Tusell, 1989; Seco Serrano, 1991.

11 La biografía de Las Casas que don Manuel tenía pensada era algo más que eso. En los dos volúmenes que pudo publicar, *El plan Cisneros-Las Casas para la reformación de las Indias y Política inicial de Carlos I en Indias* (Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1953 y 1960, respectivamente), se puede encontrar todo lo que fue la vida en las islas en los primeros años de la llegada de los españoles y el salto al continente, con el cambio que supuso la nueva acción de Cortés y del emperador. Todos los personajes, rencillas entre ellos, traiciones, abuso de los indios, descontrol y formas de gobierno y desgobierno tienen cabida en las más de dos mil páginas que dejó escritas a base de datos inéditos hasta entonces.

12 *AEA*, V, 1948, 1-144.

por el sentido político cortesiano. Para Giménez Fernández, Cortés es un auténtico héroe más por su forma de organizar el territorio que por sus gestas militares. Según su criterio, con su revolución comunera y su forma de administrar creó un auténtico partido político que lo aleja de todos los que le habían precedido en su acción colonizadora y tiene una concepción de hombre de Estado. Su interés nunca fue hacer fortuna ni correr aventuras sino imponer su forma de gobernar las Indias. Según Céspedes del Castillo, gran admirador de Giménez Fernández, el imperio español en América no comienza hasta entonces, hasta la llegada de Cortés a México en 1519, cuando impuso una forma de administración en las Indias que en las islas no había existido.¹³ Se divide este trabajo en varios grandes epígrafes y, junto a la personalidad de Cortés, nos da una espléndida visión de los primeros años descubridores en las Indias, lo mismo que luego le sucedería con su personaje por excelencia, el padre Las Casas.

Anteriormente, en el volumen III, había aparecido otro amplio estudio de otro polémico tema: «Las doctrinas populistas en la Independencia de Hispanoamérica»,¹⁴ y en ese mismo número apareció un resumen de lo que luego sería su asignatura en la especialidad de Historia de América. En el apartado de artículos escribe en cincuenta espléndidas páginas su «Introducción al estudio de las Instituciones Canónicas en el Derecho Indiano», asignatura a la que tuve la dicha de asistir y a través de la cual su personalidad se mostraba tal cual era. Sus ideas políticas las llevaba a la Historia y sus grandes enemigos eran aquellos que se oponían a las ideas de sus héroes, entre los que destacaba, sin duda, fray Bartolomé de las Casas. Por eso Fernando el Católico, Juan Rodríguez de Fonseca o el secretario Conchillos eran sus auténticas «bestias negras», en las que se concentraban todos los males, mientras que a Las Casas nunca le vio ningún defecto. Y lo bueno es que las razones que daba nos convencían a todos los alumnos. Hombre polémico como era, no pudo resistir la tentación de entrar de lleno en el tema del lugar de enterramiento de los restos de Cristóbal Colón, asunto controvertido y de interés por aquellos años, sobre el cual en el año 1951 Bermúdez Plata había publicado un pequeño artículo dando su parecer.¹⁵ No tardó don Manuel en dar su opinión, en un largo artículo («Los restos

13 A pesar de la diferencia de edad, Giménez Fernández y Guillermo Céspedes fueron grandes amigos y en los años de la dictadura franquista ambos fueron absolutamente contrarios al régimen, aunque Giménez Fernández fue mucho más activista que Céspedes. La referencia citada en Céspedes del Castillo, 2000.

14 *AEA*, III, 1946, 517-666.

15 *AEA*, VIII, 1951, 1-11.

de Cristóbal Colón en Sevilla») en el que defendía, con pasión y con datos, su criterio que no era otro que los restos de Colón nunca se movieron de su primitivo enterramiento de la Cartuja.¹⁶ Solía decir con su sorna acostumbrada que los tan traídos y llevados restos de Colón estaban en los platos de la Cartuja en los que comíamos en casa.¹⁷ Publicó también estudios de menor formato como el dedicado al canciller Sauvage («Política indiana del Canciller Jean Sauvage»),¹⁸ protector y admirador de las ideas lascasianas. Y es natural. Por esos años la biografía de Las Casas ocupaba todo su tiempo y cualquier personaje que lo hubiera beneficiado o vituperado llamaba su atención. El último trabajo de su autoría que he podido encontrar en las páginas de *Anuario* apareció en 1961 bajo el título de «Instituciones Canónicas Indianas (Apuntes para explicaciones de clase)»,¹⁹ de forma que se despide como lo que siempre fue: un auténtico maestro.

Mi relación con don Guillermo Céspedes fue menos personal y más académica. Viajaba entonces mucho a los Estados Unidos donde pasaba largas temporadas y dejaba sus clases en manos de sus ayudantes, José Muñoz Pérez y Encarnación Rodríguez Vicente, ambos con magníficas colaboraciones en *Anuario*. En 1962, año en que terminaba mi carrera, tuve la suerte de poder asistir a sus clases un curso entero sobre América Contemporánea y era una delicia oírle. Aunque se comportaba bastante distante con los alumnos, en las clases se transformaba y se hacía cercano contando las impresiones de sus viajes con una oratoria brillante y entretenida. Unos años después de haber acabado mi época de estudiante supe que se había ido a Madrid y entonces fue cuando verdaderamente llegué a comunicarme con él más asiduamente a través correspondencia sobre nuestras mutuas publicaciones. Después de sus pioneros y magníficos trabajos en *Anuario*, fue durante su estancia en Madrid y después de haber sido nombrado académico de la Historia en 1990, cuando su producción se multiplica hasta su muerte en 2006. La prosa de sus trabajos era, como su oratoria, culta, clara y amena, algo que ya se adivina en sus primeras contribuciones en *Anuario*. En el tomo II aparece su primer trabajo que lo consagraría para siempre:

16 *AEA*, X, 1953, 1-170.

17 En el siglo XIX, lo que había sido convento de Santa María de las Cuevas, donde se enterró Colón, fue comprado por una familia de industriales ingleses, los Pickman, que estableció en él una conocida fábrica de cerámica, «La Cartuja de Sevilla», que imitaba los modelos ingleses y que era normal que se usara en las casas sevillanas. Maestre de León, 1993.

18 *AEA*, XII, 1955, 131-218.

19 *AEA*, XVIII, 1961, 417-441.

«La avería en el comercio con Indias»,²⁰ que se ha convertido en un clásico al que es necesario acudir para escribir sobre cualquier aspecto del comercio atlántico; en ese mismo volumen publica un artículo más corto titulado «La visita como institución indiana».²¹ No de menos interés que estos dos es su tercer gran trabajo para la misma revista, «Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Río de la Plata»,²² en el que ya revela su profundo conocimiento de la geopolítica del imperio español en ultramar que se impone en el siglo XVIII. Unos años más tarde y siguiendo la línea del anterior publica «La defensa militar del istmo de Panamá a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII».²³

A partir de ese año, su firma desaparece de *Anuario* y también abandona la línea económico-administrativa iniciada en él para dedicarse, sobre todo, a la historia social. Muy identificado con las directrices marcadas por Jaime Vicens Vives, entra a formar parte de su equipo de colaboradores para escribir la gran *Historia de España y América social y económica*, que comienza a aparecer en la década de los sesenta del siglo XX y que tiene un gran éxito entre los estudiantes. En los años setenta apareció una muy útil edición de bolsillo en cinco volúmenes. Era entonces cuando don Guillermo vivía a caballo entre España y Estados Unidos, enseñando en algunas de sus universidades. Su producción posterior es muy rica y variada pero no me corresponde en estas líneas ocuparme de ella, que por otra parte se puede consultar en algún portal de Internet. Hace unos días he sabido que su esposa ha donado su biblioteca a la Real Academia de la Historia.

Don Francisco Morales Padrón fue mi maestro más directo. Había ganado la cátedra de Historia de los Descubrimientos de la Universidad de Sevilla a finales de los años cincuenta y era un hombre joven, activo, trabajador y con un carácter algo cambiante pero muy cercano a los estudiantes. Hasta tal punto que organizaba unos magníficos viajes de «paso de ecuador» y de fin de carrera y con él casi todos los que estudiábamos por aquellos años, jóvenes de una posguerra que dejó una España devastada, tuvimos la ocasión de viajar por vez primera vez al extranjero. Impartía también el curso de tercero de Geografía de América y lo primero que hacía cuando entraban sus alumnos en clase el primer día era darles un mapa

20 *AEA*, II, 1945, 515-568. Al año siguiente apareció como libro independiente publicado por la misma Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

21 *Ibidem*, 984-1025.

22 *AEA*, III, 1946, 677-874. Aparece también, igual que el dedicado a la avería, como libro independiente publicado por la Escuela en 1947.

23 *AEA*, IX, 1952, 235-275.

mudo de América para que cada uno pusiera en él los accidentes geográficos que conociera del continente. Pocos conseguíamos escribir más de dos o tres. Cuento todo esto para definir un poco su controvertida personalidad, pero esta no quedaría plasmada si no resaltara su amor al trabajo. Era un trabajador incansable tanto en su cátedra como en la Escuela a la que estuvo unido desde que llegó a Sevilla desde su Canarias natal. Y creo sinceramente que ese amor al trabajo es el legado que más debo agradecerle.

Como ya he señalado, se hizo pronto cargo de la secretaría de *Anuario* y desde ella siempre colaboró en darle impulso y vigor y dimensión internacional. Como esta labor, así como su cargo de director y creador de *Historiografía* y *Bibliografía* han quedado ya reseñadas, voy a centrarme en sus primeros trabajos aparecidos que son los que marcaron su trayectoria investigadora americanista. Aunque probablemente desde su cargo de secretario le correspondería escribir las crónicas de la Escuela que aparecían al final de la revista, su firma como autor de un trabajo no aparece hasta 1952, año en que publica «Colonos canarios en Indias», y al siguiente «Canarias y Sevilla en el comercio con América».²⁴ Con ellos inauguraba dos vectores de su investigación que mantendría hasta el final de su vida: las relaciones de Canarias y Sevilla con América; una su tierra de nacimiento, otra de adopción, y la tercera de profesión. Su faceta de conocedor de la historia de los descubrimientos geográficos comienza con «Descubrimiento y toma de posesión»,²⁵ trabajo en el que describe el proceso descubridor y las distintas ceremonias de las primeras tomas de posesión en los viajes atlánticos, buscando los antecedentes de las mismas.

Su otra línea investigadora, la historia del Caribe, la inicia con «Descubrimiento y papel de la isla Trinidad en la penetración continental».²⁶ Desde entonces hasta su muerte, literalmente expresado, su interés por este espacio americano no le abandonó. Su tesis doctoral sobre Jamaica española le llevó a dirigir distintas y numerosas tesis sobre las Antillas y poco antes de su muerte, ya muy enfermo, terminó un gran libro, *Trinidad Española*, cuyo germen fue su antiguo trabajo publicado cincuenta años antes.²⁷

Como los dos grandes autores a los que antes me he referido, sus primeros trabajos en *Anuario* fueron la base de su posterior trayectoria y desde

24 *AEA*, VIII, 1952, 399-441; *AEA*, IX, 1953, 173-207.

25 *AEA*, XII, 1955, 321-380.

26 *AEA*, XIV, 1957, 93-159.

27 Fue editado en 2011, unos meses después de su muerte, por el Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación.

luego contribuyeron a convertir la revista en esa plataforma que se encargó de expandir internacionalmente el americanismo sevillano. Y sobre todo, sin duda Morales Padrón, que con sus múltiples relaciones internacionales, sus continuos viajes y su afán de aglutinar a los americanistas europeos del este y el oeste del «telón de acero» —fue uno de los fundadores de AHILA—,²⁸ consiguió traer a Sevilla a una serie de investigadores que se enamoraron del Archivo General de Indias y descubrieron la magnífica biblioteca de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Después de eso, todos fueron captados para escribir en *Anuario*.

Como un representante de ese americanismo y también como figura que puede aglutinar a todos los autores extranjeros que escribieron en nuestra revista, he querido destacar a Guillermo Lohmann Villena, para mí siempre don Guillermo, un sevillano más. El mismo año que Lohmann llega a Sevilla por primera vez, en 1945, era ya un joven pero importante historiador en Perú, hasta el punto de haber sido elegido miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de la mano de Antonio Ballesteros Beretta, Diego Angulo Íñiguez y Miguel Lasso de la Vega, marqués de Saltillo. Había fundado y era un miembro activo de la Sociedad Peruana de la Historia hasta el punto que, en un ensayo publicado en 1987 en la revista *The Americas*, Fred Bronner elogiaba la generación que en el Perú renovó la historia y fundó aquella prestigiosa sociedad, y refiriéndose a sus miembros mencionaba a Lohmann como «el gigante del grupo».²⁹

Desde 1943, en que ingresa en el cuerpo diplomático y es nombrado secretario cultural de la embajada del Perú, vive entre sus dos mundos, España y Perú, y dos años después llega a Sevilla donde se vincula al círculo de jóvenes americanistas del momento que formaban la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, en cuya residencia se alojaba durante sus estancias en Sevilla hasta el último año que pudo viajar, unos meses antes de su fallecimiento. Entonces era frecuente verlo muy temprano en la puerta del archivo, esperando que abriera para ocupar su lugar que no abandonaba hasta el término de la jornada. Costumbre que mantuvo toda su vida.

28 La Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA) se fundó oficialmente en 1978 (en Toruń, Polonia), como resultado de iniciativas tomadas en reuniones anteriores (Santander, 1969; Sevilla, 1970; París 1972; Colonia, 1975) por un pequeño grupo de especialistas entre los que estaban Harold Blakemore, Marcello Carmagnani, Manfred Kossok, Jacques Lafaye, Frédéric Mauro, Magnus Mörner, Tibor Wittman, y Francisco Morales Padrón, considerado el «principal promotor de la fundación de AHILA», de la que en 1996 fue declarado miembro de honor (<http://ahila.eu/index.php/socios-as/socios-honorarios>).

29 Cit. por Hampe Martínez, 2010, 104.

Como es natural, sus colaboraciones en *Anuario* no se hicieron esperar. En 1946 publica, en la sección inaugurada por Morales Padrón, un interesante documento inédito titulado «Propuesta de don Mariano Tramarria para la designación de informantes sobre la situación en América (1816)»,³⁰ y a partir de entonces, con una cadencia de dos años van apareciendo una serie de artículos propiamente dichos, intercalados con algún documento: «Enrique Garcés, descubridor de mercurio en el Perú. Poeta y arbitrista»; «Un opúsculo desconocido de Solórzano Pereira sobre la Mita»; «El corregidor de Lima (estudio histórico-jurídico)»; un curioso trabajo titulado «Cifras y claves indianas. Capítulos provisionales de un estudio sobre criptografía indiana», en el que muestra documentos cifrados de personajes importantes; o «Las compañías de gentileshombres, lanzas y arcabuces de la guarda del virreinato del Perú».³¹ Más tarde, en 1959, entrega a *Anuario* uno de sus artículos más interesantes y consultados: «Las relaciones de los Virreyes del Perú», en el que publica todas ellas con un amplio estudio introductorio.³² Citaré para terminar, por atenerme a la norma que me impuse de no citar más que lo publicado en los veinte primeros volúmenes, «Las defensas militares de Lima y Callao hasta 1746».³³ Con ello, el profesor Lohmann no solo había entregado a nuestra revista, en la que siguió escribiendo muchos años más, lo mejor de su producción en esos años, sino que había dejado marcada en ella la impronta de su actividad investigadora, amplia y diversa. Imparable hasta el final de su larga vida, convirtiéndose en uno de los mejores y más prolíficos historiadores peruanos de todos los tiempos. El día antes de ingresar en una clínica en la que murió a los 90 años había ido, como siempre, andando hasta el Archivo General de la Nación, donde seguía rastreando en la sección de protocolos notariales.

Tuve la suerte de tratarlo bastante en sus años finales, cuando coincidió el interés de ambos por los mismos temas de investigación. Uno de los días de sus estancias anuales en Sevilla, adonde acudía sin falta en primavera para salir en su cofradía de la Virgen de la Amargura, descubrimos que teníamos interés por un personaje sevillano que pasó una gran parte de su vida en Perú, del que ambos teníamos muchos datos. Nos propusimos hacer juntos un artículo sobre él, pero cuando comenzamos a trabajar era tal

30 *AEA*, III, 1946, 1049-1061.

31 Referencias de los artículos citados: *AEA*, V, 1948, 439-482; *AEA*, VII, 1950, 255-277; *AEA*, IX, 1952, 131-171; *AEA*, XI, 1954, 285-380; *AEA*, XIII, 1956, 217-310.

32 *AEA*, XVI, 1959, 315-532. Apareció como libro el mismo año y se agotó rápidamente.

33 *AEA*, XX, 1963, 1-217. También convertido en libro en 1964.

el cúmulo de datos que reunimos, tanto del personaje en cuestión como de otros muchos miembros relevantes de su familia, que acabamos escribiendo un libro titulado *Familia, linaje y negocios entre Sevilla y Lima: los Almonte*,³⁴ un honor en el que nunca habría podido pensar.

Como dije anteriormente, sería imposible citar a todos los muchos y magníficos americanistas, tanto españoles como extranjeros, que desfilaron por las páginas de *Anuario de Estudios Americanos*. Por eso creo que basta con haber mencionado a los directores y secretarios, y a los que formaron el primer consejo de redacción, junto con estos cuatro últimos autores que, por distintas circunstancias como ya he explicado, me ha parecido oportuno destacar para que representaran a todos los demás. Sin embargo, pienso que el cuadro no quedaría completo sin decir siquiera unas palabras de un maestro de historiadores que no era precisamente americanista. Me refiero a don Antonio Domínguez Ortiz, modernista insigne que, siguiendo la línea de Jaime Vicens Vives, tuvo siempre presente la huella americana en la historia de la España moderna y cuando trataba un tema que se refería a algún aspecto que tocaba nuestro pasado al otro lado del Atlántico entregaba sus manuscritos a *Anuario*. De esa forma en 1956 publicó por primera vez en esta revista uno de sus trabajos clásicos: «Los caudales de Indias y la política exterior de Felipe IV»,³⁵ al que después seguirían muchos más que se han convertido también en referentes de su muy rica producción.

El panorama que torpemente he intentado plasmar puede dar una idea de lo que fue y sigue siendo *Anuario de Estudios Americanos*, un órgano de difusión del autorizado y activo americanismo sevillano, un foco irreplicable que supo expansionarse, a través del cual se pueden seguir las huellas de los grandes maestros y las de todos los que bebieron de su magisterio. Este año estamos conmemorando el setenta y cinco aniversario de su aparición y con esta larga vida sigue teniendo la misma vigencia que el primer día, a pesar de la enorme proliferación de publicaciones de índole parecida que en todo este tiempo han ido apareciendo. Fruto perenne de todos los que han trabajado y siguen trabajando en ella y expresivo testigo del maridaje indiscutible del americanismo con Sevilla.

Recibido el 6 de julio de 2018
Aceptado el 9 de agosto de 2018

34 Publicado por la Fundación Mapfre, Madrid, 2003.

35 *AEA*, XIII, 1956, 311-383.

Referencias bibliográficas

- Aguaded Landero, Santiago, «Francisco de las Barras y Aragón: un naturalista en la Huelva del cambio de siglo», en González Márquez, Juan Antonio (ed.), *El Instituto La Rábida: ciento cincuenta años de educación y cultura en Huelva*, Huelva, Diputación Provincial, 2007, 2, 229-236.
- Barba Prieto, Donato, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia Cristiana (1936-1977)*, Madrid, Ed. Encuentro, 2001.
- Barbier, Frédéric, *Historia del libro*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- Bernabéu Albert, Salvador, «La Escuela de Estudios Hispano-Americanos», en Luque Azcona, Emilio J. y Olivero Guidobono, Sandra (coords.), *Los estudios americanistas en la Universidad de Sevilla: tradición, retos y perspectivas*, Sevilla, Padilla Libros, 2010, 83-93.
- Castañeda, Carmen (coord.) y Cortés, Myrna (colab.), *Del autor al lector. Libros y libreros en la historia*, México, CIESAS / Porrúa, 2002.
- Céspedes del Castillo, Guillermo, «Carlos V y los conquistadores del Nuevo Mundo», en *En el umbral de Carlos V*, Madrid, Real Academia de la Historia/ Fundación Ramón Areces, 2000, 53-76.
- Espadas Burgos, Manuel, «Vicente Palacio Atard, 1920-2013», *Hispania. Revista Española de Historia*, 74 (246), Madrid, CSIC, 2014, 9-12.
- Hampe Martínez, Teodoro, «Unos apuntes de evocación y evaluación: sobre el legado historiográfico de Guillermo Lohmann Villena», *Mercurio Peruano*, 523, Lima, 2010, 104-115.
- Maestre de León, Beatriz, *La Cartuja de Sevilla: fábrica de cerámica*, Sevilla, Pickman, 1993.
- Martínez Martín, Jesús A., «Editar en tiempos de dictadura. La política del libro y las condiciones del campo editorial», en Martínez Martín, J. A. (dir.), *Historia de la edición en España, 1939-1975*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2015, 27-42.
- Martínez Rus, Ana, *La persecución del libro. Hogueras, infiernos y buenas lecturas (1936-1951)*, Gijón, Ediciones Trea, 2014.
- Millares Carlo, Agustín, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Ruiz Bautista, Eduardo, «La censura editorial. Depuraciones de libros y bibliotecas», en Martínez Martín, J. A. (dir.), *Historia de la edición en España, 1939-1975*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2015, 43-65.
- Seco Serrano, Carlos, «Política y ética: el ejemplo de Manuel Giménez Fernández», *El País*, Madrid, 13 de febrero de 1991.
- Tusell, Javier, *La España de Franco*, Madrid, Historia 16, 1989.
- Valiente Romero, Antonio, *Francisco de las Barras y Aragón en la Sevilla interseccular*, Sevilla, Ateneo de Sevilla, 2009.